

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

VALDÉS, JUAN DE: *Diálogo de la lengua*, edición de Antonio Quilis Morales, Barcelona, Clásicos Plaza y Janés, 1984.

No es ésta la primera vez que Antonio Quilis edita una obra del siglo XVI. Ahí están las insuperables ediciones de la gramática y de la ortografía de Nebrija como contribución a un mejor conocimiento de nuestra lengua en dicho siglo.

En esta ocasión, Quilis nos presenta el *Diálogo de la lengua* de Valdés. Se trata de una edición con fines escolares, estructurada en apartados de tan fácil aprehensión y de tal interés que resulta adecuada tanto para un estudiante como para un especialista. Nos atreveríamos a decir que llega a superar la espléndida edición de Barbolani de García, la mejor hasta el momento, y en la que se basa Quilis fundamentalmente, si bien no olvida los trabajos de Montesinos, Lapesa y Lope Blanch. Son ediciones todas muy dignas de tener en cuenta, construidas sobre el manuscrito de la Biblioteca Nacional del que parecen ser copia los otros dos existentes.

Comienza Quilis haciendo un balance del estado de nuestra lengua durante el reinado de Carlos I (1517-1556): un período de plenitud en el que nuestra lengua alcanzó su mayor esplendor. Era la situación propicia para buscar el sentido de perfección al que se dedicaron, con todo su esfuerzo, Valdés, marcando las directrices del uso del lenguaje con su *Diálogo*, Garcilaso, con su poesía, y Boscán, con el dominio de la prosa reflejado en su traducción del *Cortesano*. Esta perfección se conseguirá mediante el uso de un lenguaje natural contenido en los refranes, que se caracterizaban por su concisión y gozaban ya de tradición literaria. Pero, al lado de este lenguaje natural, se utilizará lo artificioso, lo inventado, el neologismo: el helenismo, el latinismo y el italianismo, al igual que la sinonimia y la metáfora, también estarán presentes, si bien de manera restringida y meditada.

Carlos I consiguió hacer del español una lengua universal, hasta el punto de ponerse de moda: «ya en Italia assí entre damas como entre cavalleros se tiene

por gentileza y galanía hablar castellano» (fol. 3r). Pero, como bien pone de manifiesto Quilis, no es sólo en Italia, ya desde el siglo xv se imprimen libros españoles en Francia, se aprende español en Inglaterra y entran hispanismos en Alemania.

Con claridad y concisión consigue Quilis dibujar perfectamente la personalidad de Juan de Valdés. Coincide, y es importante señalarlo, con Ricart en afirmar que el espíritu del valdesianismo, por su carácter individualista, intelectual, aristocrático, reformista y moderado, nunca pudo ser popular ni inspirar la adhesión de las masas, y que es la originalidad de su pensamiento y la forma dulcemente persuasiva con que sabe revestirlo, lo que explica la atracción ejercida a través de los siglos.

En cuanto a la polémica —no recogida en ninguna de las ediciones anteriores— existente entre Valdés y Nebrija, Quilis manifiesta tajantemente que la «acusación de andalucismo es un juicio totalmente arbitrario, propio de la arbitrariedad de Valdés, no sólo en el aspecto filológico (recomienda cosas que él no cumple), sino también en el religioso, arbitrariedad que deriva de un desinterés por la realidad». Ya Menéndez Pidal señaló que el principal título de autoridad que Valdés parece ostentar es el de ser «hombre criado en el reino de Toledo y en la corte de España», y así rechaza las modalidades lingüísticas en que Nebrija difiere de Toledo sólo porque en Andalucía «la lengua no stá muy pura» (fol. 7v). Se trata de un criterio poco válido al ser tomado como único y que, en ocasiones, descamina a Valdés hasta el punto de defender las formas *trujo*, *cobdicia*, *cobdo*, *dubda*, simplemente «porque a mi ver los vocablos están más llenos y mejores con la *b* que sin ella, y porque toda mi vida los he escrito y pronunciado con *b*» (fols. 49r-49v). No considera que son formas que rechazaba la norma culta, siendo las nebrisenses las que triunfaban ya en el lenguaje literario. Sin embargo, como dice Quilis, también otras muchas veces acierta prefiriendo las soluciones que se fijarían con el tiempo en la lengua literaria y en el habla culta.

Inicia Quilis el estudio de la obra mediante una pequeña introducción, indicando la fecha en que fue escrita y el género al que pertenece —diálogo— del que únicamente señala su cultivo cada vez más extendido en aquella época. Tampoco descarta la posibilidad de que surgiera a partir de un coloquio real entre personas interesadas por los problemas de la lengua española. Por último, no deja de plantear la identificación de los personajes, aún incierta, ni las necesidades que motivaron la aparición de la obra, a raíz de las cuales se despliega el abanico de temas implícito en ella.

La obra, según Quilis, a pesar de su aparente heterogeneidad, presenta una estructura que reúne los capítulos integrantes de la descripción de una lengua: su origen, la fonética, la gramática, el léxico y el estilo. Si bien las observaciones de cada uno de ellos están concentradas en determinados lugares, a lo largo de la obra aparecen entrelazadas las más diversas cuestiones. Quilis las reúne en sus correspondientes apartados, indicando los folios en que aparecen.

Tras analizar la estructura se ocupa de los manuscritos y ediciones de la obra. Al igual que Lope Blanch, se limita a mencionar los tres manuscritos existentes y las ediciones que se han realizado hasta el momento, destacando la gran aportación que supone la de Barbolani de García.

A continuación Quilis enumera y comenta las ideas lingüísticas valdesianas en pocas líneas y con gran maestría. Para Valdés no existe diferencia entre lengua escrita y lengua hablada, y es necesario huir de toda afectación: las palabras oscuras, que no se entienden, son inútiles, si, como destaca Quilis, el fin primordial de la lengua es la comunicación. Por otro lado, el uso, la costumbre, es algo fundamental para Valdés, así el aprendizaje de la lengua materna se hará mediante el uso. Uso frente a artificio o afectación alambicada, pero, se trata, como ya señaló Lope Blanch, de un uso cortesano frente a un uso vulgar o «grossero». Es la norma de selección dentro de lo natural.

Según Quilis, Valdés coincide con Nebrija en que la corrupción del latín originó el romance castellano, idea muy extendida en el siglo XVI. Lo mismo que Nebrija intenta poner el español a la misma altura del latín, Valdés busca como antecedente de nuestra lengua, una que le prestase un noble origen, el griego.

En cuanto a la pronunciación y ortografía, Quilis pone de relieve la arbitrariedad o subjetividad con que Valdés se guía. Así, en lo que al timbre de las vocales átonas se refiere, si, por un lado, acierta al preferir soluciones que han quedado fijadas en la lengua, basado sólo en «porque assí me suena mejor» (fol. 40v), en otros casos, el mismo Valdés demuestra no haber escapado de la persistencia en la vacilación de dichas vocales. Más interesantes son, sin embargo, los testimonios referentes a las consonantes, aunque en ocasiones no se muestre demasiado original, limitándose a seguir la doctrina nebrisense.

Quilis encuentra que los temas tratados sobre gramática no son complicados y parecen debidos más a la mano de un agudo aficionado que a la de un estudioso de lenguas clásicas. Muestra también cómo Valdés parece evitar el entrar en materia o discusión gramaticales, frente a Nebrija, en un terreno en el que se sentía totalmente inseguro. No faltan, por ello, cuestiones de interés en el *Didlogo*: destaca Quilis la función sociolingüística del orden de los elementos en las formas de tratamiento —Nebrija se limita a mostrar la diferencia entre *mío*, *mi*, etc.— y las consideraciones sociolingüísticas presentes al hablar sobre la pérdida de *-d* en el imperativo.

En el análisis del léxico Quilis presenta los siguientes apartados: a) Elementos constitutivos del español, recogiendo cuáles son las lenguas base con ejemplos; b) Vulgarismos, estudiando algunas de las palabras censuradas por Valdés como vulgares en su época; c) Arcaísmos, destacando la posición de testigo de excepción que Valdés supone, y cómo, en este campo, unas veces arremete contra Nebrija y otras está con él; d) Neologismos, señalando que Valdés intenta resolver la cuestión con mesura y continencia; y e) Vocablos equívocos, concibiéndolo más entretenido que interesante, con ejemplos que ya se daban en Nebrija.

En cuanto al estilo, Valdés destaca cuestiones de orden gramatical y redundante en algo ya dicho: la claridad, la sencillez, la brevedad. Más importante es, según el editor, su observación sobre la influencia de la lectura en el estilo de la persona.

La bibliografía, pese a su brevedad, recoge los estudios más interesantes realizados hasta el momento para un análisis de Valdés y su entorno.

La edición del texto presenta la innovación respecto a las anteriores, de indicar los folios del manuscrito, aportando con ello la posibilidad de considerar la edición del texto disponiendo al mismo tiempo del original.

Es muy útil también la relación que da Quilis de palabras estudiadas por Valdés señalando los lugares en los que se encuentran.

Mayor innovación aún representan los apéndices. Hasta este momento, ninguna de las ediciones había presentado antología alguna de temas afines, ofreciendo la oportunidad de un estudio comparativo entre el *Didlogo* y las tres gramáticas elegidas: *Gramática de la lengua castellana* de Antonio de Nebrija; *Gramática castellana* del licenciado Villalón, y *Gramática de la lengua vulgar de España*.

Para completar la edición, no falta, como documentación temática varia, una relación alfabética de los refranes aparecidos en la obra.

No cabe duda, pues, de la importancia de la presente edición, en la que hay apuntada una serie de temas que se deben considerar y orientaciones para la realización de futuros trabajos.

GLORIA GUERRERO RAMOS

Atlas lingüístico-etnográfico de Colombia (ALEC). Dirigido por Luis Flórez, 6 vols., Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1981-1983.

Cuando, en 1956, Luis Flórez y Tomás Buesa presentaban el cuestionario preliminar del *ALEC* (*BICC*, X, págs. 147-315), quizá no pudieron imaginar que treinta años más tarde éste sería una espléndida realidad, capaz de proporcionar datos abundantísimos y de primera mano a filólogos y estudiosos de la Etnografía y el Folklore. Por desgracia, Luis Flórez, el mayor entusiasta y director del proyecto no ha podido saborear durante mucho tiempo la satisfacción de ver publicada su más importante obra, pues una grave enfermedad lo alejó definitivamente de nosotros en mayo de 1985, tras haber recibido un merecido homenaje por parte de colegas y discípulos suyos¹.

El propósito del *ALEC* —semejante, en cuanto a principios generales, al de otros atlas lingüísticos—, es establecer la extensión y distribución geográfica de una serie de fenómenos de léxico, de gramática y de pronunciación, conforme al uso actual del español por parte de los colombianos de todas las regiones de la nación. El *ALEC* —según señala Luis Flórez en la introducción que encabeza el tomo I— constituye una contribución muy positiva para el mejor conocimiento de las formas de hablar el español, en la actualidad, practicadas por las gentes incultas y semicultas de los campos, pueblos y ciudades colombianas; también, el método más apropiado para saber si la lengua venida de Europa ha creado una geografía lingüística específica en estos territorios, motivada por la diferente procedencia regional de los colonizadores, por posibles influencias indígenas y, sobre todo, por la creación en cada lugar de nuevos modos de decir diferentes a causa del medio físico, de la cultura, de la clase y de la situación, factores que, sin duda, sirven para distinguir a unos individuos de otros.

Las vicisitudes por las que atravesó la empresa hasta su culminación son descritas meticulosamente por Luis Flórez en el *Manual* que acompaña a los seis volú-

¹ *Homenaje a Luis Flórez. Estudios de Historia cultural. Dialectología, Geografía lingüística, Sociolingüística, Fonética, Gramática y Lexicografía*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1984.

menes del *ALEC* (Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1983, 307 págs.): el cuestionario preliminar, ya aludido, abarcaba 8.058 preguntas (7.300, referidas al léxico; 430, a la fonética; y 328, a la morfosintaxis), y tenía como base principal el del *ALEA* (*Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía*), debido a Manuel Alvar, quien, junto a Tomás Buesa, también es asesor del *ALEC*. En dicho cuestionario se respetaban las preguntas relativas a conceptos europeos, aun conociendo de antemano que las circunstancias de un país tropical eran, en este sentido, muy distintas: el cotejo de los resultados exploratorios de la encuesta preliminar indicaría qué preguntas deberían persistir y cuáles deberían eliminarse. Desde 1959 se empezó a trabajar con un cuestionario reducido de 2.000 entradas, que en 1961 quedó reducido a 1.500 preguntas; ésta fue la versión definitiva, con la que se continuó trabajando hasta 1976, fecha en la que se dio por terminada la fase de encuestas.

En total, los investigadores del *ALEC*, entre los que hay que citar al mismo Luis Flórez (†), a Luis Francisco Suárez Pineda (†), José Joaquín Montes, Jennie Figueroa, M.^a Luisa Rodríguez de Montes, Siervo Mora y Mariano Lozano, visitaron 262 localidades, número considerable en relación con los 929 municipios del país, que fueron seleccionadas según criterios geométricos, pero también teniendo en cuenta otros factores como fecha de fundación, asentamiento en tierra de montaña, llano, costa o ladera, clima frío, templado o caliente, economía agrícola, ganadera o pesquera. Al fijar el tamaño del mapa básico del *ALEC* —forzosamente reducido y limitado a la sección del país en que se hicieron las encuestas—, se hubo de prescindir de 24 lugares porque quedaban demasiado juntos en el espacio disponible, aunque los datos correspondientes sirvieron para enriquecer las secciones de *Otras respuestas* y *Adiciones*. Se trabajó en localidades de casi todas las divisiones político-administrativas del país (excepto Vichada, Vaupés, Guainía —llanos y selvas—, y San Andrés y Providencia, cerca de la costa oriental de Nicaragua). Se acopiaron aproximadamente 300.000 respuestas, a las que hay que añadir grabaciones en cinta magnética, millares de fotografías —algunas de las cuales se publican—, y una estimable colección de objetos de la vida y de las actividades populares con los que se ha organizado el comienzo de un museo etnográfico en Yerbabuena, sede principal del Instituto Caro y Cuervo.

Los aspectos léxicos y gramaticales recopilados por el *ALEC* son:

- tomo I*: Tiempo y espacio. El campo, los cultivos, otros vegetales. Industrias relacionadas con la agricultura.
- tomo II*: Ganadería. Animales domésticos. Animales silvestres.
- tomo III*: La familia, ciclo de vida. Instituciones, vida religiosa. Festividades y distracciones.
- tomo IV*: El vestido. La vivienda.
- tomo V*: La alimentación. El cuerpo humano.
- tomo VI*: Oficios y empleos. Embarcaciones y pesca. Transportes. Fonética. Gramática.

Hay que destacar algunas novedades tipográficas en relación a lo que es habitual en los atlas lingüísticos del mundo hispánico: aparte de la numeración independiente para cada tomo, las respuestas se reproducen mediante signos convencionales de diversos formatos y colores, con lo que se facilita el trazado de las isoglosas correspondientes y la observación más directa de los fenómenos que afectan a las

distintas áreas: así, para 'finca rural pequeña' (mapa 48, lámina 49, tomo I), en el margen superior izquierdo de la página se enumeran —junto a los símbolos que los representan— los términos recogidos en las encuestas: *finca, parcela, (terreno) fincao, terreno, terreno de cultivo, lote, lote de tierra, agricultura, fundo, fundación, solar, propiedad, chagra, hacienda, predio, potrero, huerto, campo, montaña, labranza, conuco, roza, estancia*. Además, en la parte superior derecha quedan las contestaciones que no han podido ser cartografiadas por razones de espacio (*cautivo, chacra, derecho, faja ariaza, fichita, gurrera, hato* [de más de 100 reses], *pedazo de tierra, playa, ruedito, sementera, tajito, vereda, viña*). En el ángulo inferior izquierdo se menciona a veces información complementaria a la escueta respuesta que el mapa proporciona sobre cada comunidad local. En ocasiones se ofrecen respuestas relacionadas con las preguntas nucleares en láminas sucesivas: por ejemplo, tras 'aparcero' (mapa 55, lámina 57 del tomo I), aparecen otros términos que tienen que ver con 'aparcero', 'aparcería', 'arrendar' y con 'formas de repartir el producto de la aparcería' (lámina 58). Sólo en unos cuantos casos se reflejan mediante transcripción fonética los datos facilitados por los informantes: se trata de una serie de mapas (desde el núm. 152 al 167 del tomo II), en los que se presentan las voces utilizadas para llamar a los animales.

Las correspondencias geográficas quedan señaladas del modo siguiente: cada división político-administrativa, identificada mediante siglas, se divide en seis recuadros, dentro de los cuales cada punto se localiza mediante guarismos (1, 11, 12, etc.; 2, 21, 22, etc., para los recuadros superiores izquierdo y derecho respectivamente; 3 y 4, para los centrales; 5 y 6, para los inferiores). De esta manera, resulta más accesible, en los mapas, la localización de los municipios encuestados y, al mismo tiempo, se consigue aligerar la notación numérica.

Hay que aludir todavía al interesante *Suplemento* del tomo III, llevado a cabo por M.^a Luisa Rodríguez de Montes (Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1983, 92 páginas + 2 discos), que incluye materiales grabados cuando se realizaban las encuestas: son, primordialmente, enunciados que permiten examinar fórmulas de tratamiento para mujeres adultas, de los mayores hacia los niños y entre amigos; modos de llamar la atención de una persona; canciones para encontrar esposo, de cuna, de velorio; tradiciones sobre las brujas, la celebración de la Navidad y de la Semana Santa; se trata, pues, de aspectos que, en la actualidad, atraen poderosamente la atención de etnólogos, folkloristas y estudiosos de la literatura oral.

Con la publicación del *ALEC*, obra fundamental para el conocimiento de las hablas colombianas, se pone a disposición de los investigadores un instrumento de trabajo inmejorable; en lo que concierne a las disciplinas filológicas, no resulta aventurado afirmar que, tras el examen de los innumerables datos que encierra, podrán determinarse con gran precisión las características del español colombiano, sus diferencias respecto al español europeo y al de las demás naciones hispánicas, la influencia del sustrato indígena, el componente mariner que ha asimilado, la importancia del elemento andaluz. En definitiva, será posible explicar, con rigor y coherencia, y con visión de conjunto, los diversos fenómenos lingüísticos que caracterizan al español de Colombia, analizados hasta el momento desde planteamientos geográficos parciales mediante trabajos en los que ha destacado, por su ejemplar tesón y por su indiscutible maestría, el recordado Luis Flórez.

Esperemos que el ejemplo del *ALEC* cunda en los países de Hispanoamérica, para que la Geografía lingüística alcance en el mundo hispánico el desarrollo que merece por su importancia en el contexto de los estudios filológicos; confiemos también en que el proyectado *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica*, tan favorablemente acogido en el *III Simposio Internacional de Lengua Española* (Las Palmas, octubre de 1984) se convierta pronto en una realidad que permita abarcar y describir de modo objetivo, mediante hechos rigurosamente fiables, las distintas variedades lingüísticas hispanoamericanas, así como la unidad esencial del sistema que empleamos como vehículo de comunicación a éste y al otro lado del Atlántico.

JOSÉ M.^a ENGUIÑA UTRILLA

BRUDERER, HERBERT E. (coord.): *Automatische Sprachübersetzung*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1982, VI + 371 págs.

La traducción automática (TA) ha sufrido un estancamiento durante varios años, tras el optimismo inicial con que comenzó a desarrollarse. Sin embargo, en los últimos tiempos asistimos a un considerable aumento de las investigaciones y de las perspectivas que ofrecen los trabajos, propiciado por el desarrollo de las técnicas empleadas y por el progreso en las disciplinas lingüísticas. Por ello, el libro que nos ocupa ahora aparece en un momento oportuno. En este caso, la oportunidad de la publicación no está refida con el interés del contenido. El libro es una colección de artículos —en total veinte— con los que se pretende hacer un recorrido histórico de la evolución de la TA, y de su aplicación en diversas lenguas, entre las que no se tiene en consideración, la nuestra. Como toda recopilación, la presente contiene trabajos de diferente interés y calidad, y se le podría achacar la inclusión de unos y la ausencia de otros. Sin embargo, parecen estar representados los principales focos que se dedican a la TA, y explicados los métodos empleados en varios proyectos.

Los problemas de la TA no se limitan sólo a los planteados por las máquinas, sino también a los lingüísticos, pues difícilmente aquéllas podrán dar cuenta de las lenguas si antes no se han sistematizado éstas. No debe sorprender entonces que en este libro aparezcan de modo continuo formulaciones de tipo lingüístico que no interesan únicamente en la TA o en la lingüística contrastiva, sino en la lingüística en general y en sus aplicaciones particulares en las distintas lenguas estudiadas o que después se puedan estudiar para la TA.

La utilidad del presente libro se centra en el contenido de los trabajos recogidos, aunque también pretende ser una ayuda para quienes no están al corriente de la evolución de la disciplina. Al comienzo de la recopilación se ofrece un cuadro cronológico de los principales hitos de la TA, cuyo punto de arranque, según Bruderer, hay que situarlo en 1661, sí, en 1661 (recuérdese que Pascal moriría en 1662). Además del esquema cronológico, se propone al lector una lista de quince obras fundamentales que se deben conocer para saber cómo es la TA (las fechas de publicación oscilan entre 1956 y 1980).

MANUEL ALVAR EZQUERRA

Libro de miseria de omne. Edizione critica, introduzione e note a cura de Pompilio Tesauro. Pisa, Giardini, 1983.

Este libro nos presenta en edición crítica el texto poco difundido que se conserva en un solo manuscrito de la Biblioteca Menéndez y Pelayo, acompañado de notas paleográficas y explicativas, un *index verborum*, una tábula de rimas y una bibliografía.

La introducción se limita a una exposición muy clara de las características esenciales del manuscrito y algunas consideraciones sobre el verso. El editor advierte que algunas materias que generalmente figuran en obras de este tipo van a aparecer en publicaciones periódicas y, en efecto, se publicó recientemente un estudio de la lengua, «Aragonesismo y leonesismo en el *Libro de miseria de omne*», en *Studi di letteratura e di linguistica*, II, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 225-34. También nos promete el autor un futuro estudio sobre las fuentes de la obra.

Tesauro atribuye la composición del poema a un religioso, y lo sitúa en la primera mitad del siglo XIV, aduciendo unas referencias en el texto, las afirmaciones de John K. Walsh y el estudio de la apócope. Cree que la obra originalmente se compuso en Aragón y que la copia conservada se hizo a finales del siglo XIV o principios del XV en la región santanderina (donde fue descubierta hacia 1915). Esta tesis, bien expuesta en la introducción y en el citado artículo, forma la base filológica de la redacción.

Sin cambiar las grafías que pudieran representar fonemas distintos en el medievo (z, ç, b, v), el editor ha regularizado la ortografía, puesto acentos y añadido otros signos convencionales para hacer accesible el texto al lector medio. Demuestra, a mi modo de ver satisfactoriamente, que la *cuaderna vía* empleada en esta obra es de 16 sílabas y de allí procede a regularizar, en lo posible, el texto del poema, empleando la apócope, aféresis y la restauración de vocales perdidas. A veces añade una palabra o cambia el orden de palabras para ajustar un verso, pero no violenta completamente el texto recibido para que se conforme a teorías métricas y mantiene, si no es muy obvia la posibilidad de regularización, unos versos hipo- o hipermétricos.

Las notas, al final del texto, están bien presentadas y no sólo defienden las correcciones hechas al texto del copista sino que también iluminan giros o palabras difíciles que serán de interés para editores de otros textos medievales, como lo será la lista de todas las palabras y formas que aparecen en el *Libro*. Es un apéndice especialmente valioso porque señala las palabras anteriores a la primera documentación registrada por Corominas.

Completa esta edición un *Rimario* que podrá servir de base a un estudio de las palabras que entran en rima y otras costumbres poéticas del autor. Un examen casual de esta tabla da la impresión de que el autor tenía la tendencia a emplear las mismas palabras en rima y que, en comparación con otras obras de *cuaderna vía*, el poema es inferior en este aspecto. Es interesante notar también que hay un crecido número de cuartetos seguidos que repiten la misma rima, algo que no puede ser completamente casual y que merece más estudio.

He cotejado la transcripción con las tres fotografías que acompañan la edición y la considero bien hecha. Mi único reparo tiene que ver con la interpretación de la «sigma» que, como en tantos manuscritos de la época, es frecuente. Es bien

conocido que esta letra representaba unas veces *s*, otras veces *z* y de vez en cuando *ç*. Tesauro siempre la transcribe como *s*. En mi opinión la «sigma» claramente representa *z* en palabras como *vezino*, *faz* y *raíz*, que se escriben así en otras ocasiones, y hubiera sido mejor haber interpretado el signo como *z* en estos casos.

El texto está agradablemente presentado y bien cuidado. He notado pocas erratas y pequeñas, como *judgaz* (léase *juzgar*) en 260d y *le lengua* (*la lengua*) en 425b. Tesauro ha corregido la errata de numeración cometida por Artigas, quien, al pasar de un fascículo a otro, repitió el 121. Por eso hay un trozo en que las numeraciones discrepan, pero vuelven a corresponder después del 195 porque Artigas adscribe numeración a unas líneas que Tesauro apunta como canceladas. Un descuido desafortunado de la edición es el no haber indicado la relación de los folios del manuscrito original con el texto presentado, un fallo que dificulta la localización de ciertos pasajes señalados por el editor en la descripción del códice. Pero esto afecta muy poco a la calidad del libro, que representa una valiosa aportación a la lista de ediciones de textos en *cuaderna vía*.

ERIC W. NAYLOR

CLARE, LUCIEN: *La Quintaine, la course de bague et le jeu des têtes: Étude historique et ethno-linguistique d'une famille de jeux équestres*. París, Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1983, 266 págs.

Esta excelente monografía, realizada con método riguroso y basada en amplísima documentación, estudia el desarrollo europeo de tres formas específicas de fiesta ecuestre: la «Quintaine», que en España se extiende tardíamente con el nombre italianizante de «estafermo»; el juego de sortija, y el más complejo «jeu des têtes», que exige el uso de distintas armas para derribar varias cabezas, caracterizadas como de turcos o moros. Sin contar los antecedentes griegos y romanos de que se da noticia, el período cubierto abarca desde el siglo XII hasta el XIX, y no falta un capítulo dedicado a la supervivencia de estos ejercicios hípicos, en que se tiene en cuenta el escenario americano.

Cada uno de los juegos descritos alcanzó su apogeo en épocas y lugares diferentes. La «quintaine» nace en los estados feudales como juego de caballeros y como obligatoria prestación del siervo al recreo del señor; durante el Renacimiento y el Barroco prolifera en Europa —si bien en Francia decae después de 1630—; se mantiene en carteles de fiesta a lo largo del siglo XVIII, y persiste, aunque perdiendo vigencia gradualmente, hasta finales del XIX. En la Península el estafermo arraiga, según demuestran documentos y relaciones, durante la segunda mitad del siglo XVI y florece en el XVII y el XVIII unido al juego de sortija, de anterior implantación, que es objeto de tratamiento literario preferente. Ambas formas se practican en capitales, ciudades y pueblos, lo que contrasta con el desarrollo estrictamente cortesano que tuvieron en Francia. Nota peculiar de la España de los Austrias es la incorporación de los ejercicios ecuestres a las grandes solemnidades religiosas. A la época de los Borbones corresponde el juego de las cabezas, introducido por Felipe V, que sólo en Sevilla alcanzó cierta aceptación.

El estudio de Lucien Clare, sin contar introducción y conclusión, se divide en tres partes. Está dedicada la primera a definir términos —valorando las fuentes

lexicográficas—, e informar sobre los orígenes de los juegos, su desarrollo en la etapa medieval, y los casos de supervivencia hasta nuestros días. Trata más extensamente la segunda del Renacimiento, el Barroco y el Siglo de las Luces, que son los momentos en que el ejercicio áulico constituye una importante faceta de la vida de cada nación, cumpliendo junto a la función lúdica un papel informativo e incluso una misión política o edificante. A lo ya indicado sobre el contenido de la exposición histórica, hay que añadir que la precede un esmerado análisis de los componentes de la fiesta ecuestre, entre los que pueden citarse: la agrupación de los jinetes en cuadrillas, las variedades de la monta o de la carrera, los preparativos y ejecución de cada juego, el «carrousel», la importancia que cobran indumentaria y jaeces. Con sumo cuidado se aquilatan las diferencias semánticas entre términos franceses y españoles aparentemente equivalentes. A modo de apéndice se incluyen numerosas definiciones en ambas lenguas, así como una copiosa selección de textos. También las treinta ilustraciones insertas ayudan a comprender cómo se ejercitan los juegos, además de contribuir a la belleza de este volumen, en que la perfección tipográfica se suma a la elegancia del estilo y la fina matización de los juicios para hacer atractivo aun el tratamiento de los aspectos técnicos de la fiesta.

Aunque aludiendo sólo a la faceta española, hemos de referirnos a la tercera parte del estudio, que se dedica a analizar la proyección literaria de los juegos en cuestión, desde el momento en que surgen las relaciones de fiestas. Aunque no aspira a cubrir exhaustivamente el repertorio, el autor maneja un corpus muy nutrido, lo que le permite esbozar la historia del género. De modo competente se examina la incidencia de los temas áulicos tratados en la novela del Siglo de Oro, desde la pastoril hasta la cortesana, pasando, entre otros textos, por las *Guerras civiles de Granada* de Pérez de Hita y el *Quijote* apócrifo. Es sustancial también el apartado dedicado a la comedia. No sucede lo mismo con los géneros poéticos, incluido el romancero nuevo, lo cual puede deberse a que las referencias son escasas, porque las fiestas de toros y cañas acaparaban la atención de los ingenios, en detrimento de otros ejercicios hípicas.

Podemos, sin embargo, aportar la mención de tres romances que versan sobre los juegos tratados en este libro. Describen la salida de los caballeros a correr una sortija y parte de la competición misma: «El gallardo Abindarráez / tan conocido por fama» de Pedro de Padilla (incluido por Agustín Durán, *Romancero*, núm. 83), que apareció en su *Thesoro de varia poesía*, publicado en 1580, y «El sol la guirnalda bella / del más cristalino aljófar» (Durán, núm. 237), que forma parte de la *Flor tercera* y figura en el *Romancero general* de 1600. El tercer ejemplo es el característico romance «a lo divino» de Lope de Vega, incluido en las *Rimas sacras*, «Corred, alma al Estafermo, / Dios cubierto y Dios de amor,». En este caso el recurso alegórico, que remite al misterio eucarístico, toma como significante una forma primaria del artefacto, aún no mecanizado, que ocultaba al hombre encargado de devolver los golpes que fallara el jinete. Respecto al poema citado de Padilla, hay que destacar que en él se describe por primera vez la peculiar entrada de los caballeros, llevando cada uno en un carro triunfal la efigie de su dama, que aparecerá en Pérez de Hita y tras él en *Almahide* de Mlle. de Scudéry. Es justo advertir que quien redacta esta reseña no se había percatado de la existencia de tal fuente al escribir una comunicación, que Lucien Clare cita, sobre las fiestas en las *Guerras civiles de Granada*, y sólo en un estudio posterior —*The Moorish Novel* (1976), pág. 106— señaló esta aproximación que, salvo error, no había sido

advertida anteriormente. Como detalle curioso puede añadirse que un cuadro áulico semejante abre también la relación de un juego de sortija en la comedia de nueve ingenios *La mejor Luna africana*; el fragmento se debe a la pluma de Luis Vélez de Guevara, que extrema en este largo romance los recursos de la poesía culterana.

El último capítulo del estudio reseñado ofrece un análisis comparativo de expresiones literarias y coloquiales basadas en la terminología de la fiesta, incluyendo las imágenes de significación erótica. Como conclusión, formulamos un deseo. Pocas personas habrá hoy tan capacitadas como el autor de este libro para realizar un estudio monográfico del juego de cañas, que con razón echa de menos en la historiografía de la materia tratada. Al contar con ese instrumento, será ya posible componer el tratado que merece la fiesta ecuestre de la España de los Austrias, meta que hay que esperar alcance quien con tanta inteligencia y laboriosidad ha iluminado un importante segmento de la misma.

M.ª SOLEDAD CARRASCO URGOITI

RICHARDS, RUTH M.: *Concordance to the Sonnets of Góngora*. Madison, Wisc., Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1982; [ii]+183 págs. Intr. de Lloyd Kasten.

CALLEJO, ALFONSO, y PAJARES, MARÍA TERESA: *Fábula de Polyfemo y Galathea y Las Soledades. Textos y Concordancia*. Madison, Wisc., Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1985; [ii]+126 págs.

Desde el *Vocabulario de las obras de Don Luis de Góngora y Argote* publicado en 1930 por Bernardo Alemany y Selfa y vapuleado por Dámaso Alonso en esta revista (XVIII, 1931, 40-55), ha habido que esperar medio siglo a que se reanudara la tarea con métodos más modernos y, ocasionalmente, sobre bases más seguras. Por otra parte, la pretensión de recoger y explicar todas las acepciones de un término en diferentes contextos poéticos se revela como ilusoria a poco que se profundice, razón por la que el *Vocabulario* de Alemany venía sirviendo a los estudiosos sólo como intento muy parcial de unas concordancias gongorinas. Es en este sentido en el que se han elaborado recientemente, con ayuda de ordenadores, los volúmenes objeto de reseña, ambos debidos a la loable actividad del Hispanic Seminary of Wisconsin, donde se espera que aparezcan los restantes hasta completar el inventario.

Para el texto de los sonetos eligió Ruth M. Richards, con buen acuerdo, la edición semicrítica de Biruté Cipliauskaitė (Madison, Wisc., 1981), ya que varios burlescos y satíricos de autenticidad indudable o muy probable no figuran en el ms. Chacón (=Ch). El resultado es, así, muy satisfactorio, y las escasas lecturas falsas se deben casi siempre a errores de Ch o a palabras descompuestas por ultracorrección del amanuense: *conceitosamente* (son. 35), *helado* (95), *horabuena* (6), *madura* (38), *Nabar* (173), *quisto* (108), *strellae* (86), *tuvo* (178, v. 12), más alguna dudosa, como *capiteles* (7) y *huésped divino* (185). La ordenación de las entradas, cosa menos fácil de lo que parece a primera vista dada la anarquía gráfica de los mss., se ha dispuesto en forma racional y cómoda para facilitar la búsqueda: los sustantivos en singular, los verbos en infinitivo, los adjetivos en masculino, los adverbios y otros términos gramaticales (excepto los más comunes, que se han

excluido) aparecen en negrita, con ortografía, pero no fonética, actualizada; y en cada entrada se agrupan las formas flexionadas o de ortografía vacilante, en versalitas, seguidas del verso a que pertenecen y de su localización. Sin embargo, es aquí donde el margen de errores sobrepasa algo lo esperable. Para abreviar, nos limitaremos a enumerar los observados en una columna, la de la izquierda, con la entrada correcta a la derecha:

aforar	aforrar	lega	lego
Anchises	Anquises	monarcha	monarca
asta	hasta	ogaño	hogaño
bacada	vacada	passión	pasión
Baldés	Valdés	pienso (186)	pienso (y no en <i>pensar</i>)
cana	cano	podrir	puerir
Celalua	Celalba	posa	posar
Colchos	Colcos	preudar	prender
Christalián	Cristalián	próximo	prójimo
desojar	deshojar	resurrección	resurrección
dissimular	disimular	Segura	Segura (y no en <i>seguro</i>)
escusar	excusar	seisciento	seiscientos
expelar	expeler	tumbulo	tumbo (o en <i>negr.</i>)
habado	abada	Vacca	Vaca
haloque	aloque	vastos	bastos (<i>negr.</i>)
hierra (yerra)	errar	vera	veras
lavandero	lavandera	zambullo	zabullirse

Añádase a esto que se han deslizado un par de sintagmas: *al fin* y *al menos*, y que la palabra de cabo roto *Arcà* mejor estaría con *Arcadia* o en negrita. Por último, la única entrada descolocada debe ser *perejil*, lo que en una lista de varios miles es todo un récord.

En cuanto al volumen consagrado al *Polifemo* y a las *Soledades*, obedece a unos criterios distintos cuya justificación se verá después. De momento hay que agradecer a Alfonso Callejo y María Teresa Pajares que ofrezcan una transcripción de ambos poemas según el ms. Ch, que hoy por hoy es la más rigurosa de cuantas existen. Sólo cabe deplorar que no se haya sustituido por una reproducción fotográfica de Ch, I, págs. 121-137 y 193-259, porque desde el punto de vista estético la obra del escriba no desmerece de la del poeta, y desde el científico ahorraría trabajo de composición y evitaría los menudos errores que vamos a detallar y clasificar. Antes se impone una observación elemental: lo que los autores han procurado dar, como base para sus concordancias, es una edición paleográfica del ms. más autorizado, a falta de un texto crítico de los poemas. No pretendemos ahora recordar las ventajas de una edición paleográfica —pues de eso se trata—, pero sí alguna de sus normas, que aquí se ha infringido: la resolución de abreviaturas, por ejemplo, ha de hacerse con distinto tipo de letra (*Polif.* 245, 272, 473, *Sol.* I 944 y *Sol.* II 159 y 873) y no mediante paréntesis angulares, que se reservan para letras omitidas en el original (*Sol.* II 847 y 934). Los errores reales o supuestos del ms. deben quedar visibles, en el texto o en nota, por palmarios que sean, ya que pueden cobrar insospechada importancia: así el *Cyclòpe* de *Pol.* 233, con acento llano, acaso tan oscilante para Góngora como el de *océano*. Lapsus de estos, omitidos por A. Callejo

y M.^a T. Pajares, son: *le puso* (Pol. 203), *aroyo* (Pol. 209), *muerelo* (Pol. 294), *roció* (Pol. 376), *thono* (Pol. 404), *embreucido* (Sol. I 173), *sobres* (Sol. I 315) *amigo* (Sol. I 499), *Agicultura* (Sol. I 704), *danos* (Sol. I 933) e *hico* (Sol. II 643). Pero que se dejen percibir no significa que se acepten, sino que el editor ha de arriesgar una solución: *agredecida* (Pol. 227), *fixò* (Sol. I 81), *Ô* (es decir, *Oh*, exclamativo, Sol. I 275), *lux* (Sol. I 676) o el paréntesis de Sol. I 872, están entre los errores mantenidos, aunque fáciles de subsanar. Otros casos no lo son tanto: *regado* (Pol. 284) debe ser *rega[la]do*, dada la improbable omisión de *bien* antes del participio; *piensa* (Pol. 289) sólo puede ser *dispensa* (*piensa* figura como palabra rima en la misma octava); *laua* (Pol. 459) será *jaua* (de la isla de Java), exigida por el contexto y confirmada, como las otras lecturas, por Vicuña, Salcedo Coronel, Pellicer y los buenos mss. Caso más peliagudo es el de *todos* (en lugar de *todo*, Sol. I 4), y el de *Nerea* (Sol. II 260), que Vicuña y Salcedo sustituyen por *Galatea*, y también, en su paráfrasis, D. Alonso (ed. 1936, pág. 226), pero que Pellicer da como *Nesea*, forma a nuestro juicio correcta: por un lado *Nerea* no existe en la mitografía; por otro, *Nesea*, unida a su hermana la nereida Spio, aparece en Virgilio, *Georg.* IV 338 y *Aen.* V 826, quien pudo encontrarlas ya en Hesíodo, *Theog.* 245-249.

Queda un pequeño grupo de erratas privativas de esta edición, varias tan insignificantes que no pasan de meros grafismos, como los tres casos de *y* en lugar de la *i* copulativa preferida por Ch: Pol. 480, Sol. I 86 y II 675; *dél* por *de'l* en Pol. 408 y Sol. II 975; *triumphador* (Sol. I 157) y *triumphando* (Sol. II 506) que Ch escribe con *m*; una *çampoña* sin tilde, en Sol. I 1078, y otra *ñ* trastrocada en Sol. I 722; un par de acentos que faltan en *enfrendò* (Sol. II 317) y *neuò* (Sol. II 336), más otro que se convirtió en barra en *Maláco* (Pol. 459). Se omiten letras en *la fraguas* (Pol. 27), *renuciar* (Sol. I 350), *crital* (Sol. I 459), *concetuousa* (Sol. II 182; léase: *concentuousa*) y *fragātes* (Sol. II 335), con *r* etimológica. Sobra la segunda *n* en *ostentando* (Pol. 446) y los monosílabos *tus* (Pol. 418), *lo* (Sol. II 111) y *el* (Sol. II 891) deben ser respectivamente *sus*, *le* y *en*. Algo mayor gravedad revisten los casos con repercusión fonética y sintáctica poco detectable: *virgines* (y no *vírgenes*, Sol. I 753). *Undosa* (Sol. II 7) y no *ondosa*, aunque es cierto que la *v* inicial es redonda, contrariamente a lo habitual, pero también lo es la de Pol. 213, Sol. I 419 y 673, y II 556, 565 y 597, esta última con valor vocálico; por otra parte, la *o* de Ch es siempre elíptica y cerrada, y va suelta, sin rasgueos previos, como la uve. *Engazando* (Sol. I 206) y *engaça* (Sol. I 789) se han corregido en *enga[r]zando* y *enga[r]ça* sin necesidad, pues así aparece con frecuencia, como acreditan los *Vocabularios* de Cervantes (Madrid, 1972, 395b) y Lope de Vega (Madrid, 1971, II, 1045), de Carlos Fernández Gómez, además del *Tesoro* de Covarrubias, ed. Riquer, 520a. Es igualmente inaceptable la adversativa *aunque* en Sol. II 201, ya que se trata de una frase comparativa: pobre su artificio, más aún que caduca su materia.

Con lo dicho queda claro cuál criterio se ha seguido al establecer las concordancias. El orden alfabético es absoluto, sin incluir letras compuestas como hace Ruth M. Richards, y las entradas no están constituidas por palabras y sus flexiones sino más bien por grafemas, tal como se le antojó escribirlos y variarlos al amanuense de D. Antonio Chacón. Como, además, no hay referencias de una a otra, es preciso andar alerta: las palabras que comienzan con *I* seguida de vocal pueden remitir a *h*, *j* o *y* iniciales, y viceversa; *hierba* hay que buscarla en tres letras distintas, con cuatro entradas, mientras que *océano* ocupa seis, según lleve más o

menos ces o acentos; en cambio *ay* figura hermanada con *hay*; *España* aparece en la *H*, e incluso *Duque* va fuera de su sitio porque, escrito con mayúsculas adulatorias, la *u* se transforma en *v*. Por lo demás, y salvo los errores arrastrados desde el texto, el orden es correcto, tras cada entrada se indica el número de veces que ocurre y dónde, y no parece haber más desliz que la aglutinación *quel*. Entre los términos excluidos por razones de espacio bien podría estar ese *le* usado 72 veces, de las que pertenecen a Góngora poco más de la mitad y el resto son responsabilidad del copista. Pero no vamos a entrar en la validez de *Ch* o de sus formas gráficas y caligráficas. Nos queda únicamente lamentar que al reseñar este tipo de libros no doctrinales sino instrumentales, cuya utilidad salta a la vista, sólo quepa adoptar postura de dómine y recopilar fallos o sugerir mejoras, sumiendo en injusto silencio lo mucho y bien que se ha trabajado para poner en nuestras manos utensilios acaso imperfectos, pero en lo sucesivo indispensables.

ANTONIO CARREIRA

SPANG KURT: *Ritmo y versificación. Teoría y práctica del análisis métrico y rítmico*, Murcia, Universidad de Murcia, 1983, 221 págs.

El presente libro no representa, según afirma su autor, «otra métrica», sino una *teoría y práctica del análisis métrico y rítmico*, como se anuncia en el propio subtítulo. Por consiguiente, el estudio se presenta en primer lugar como manual eminentemente pragmático, si bien no se limita con exclusividad a encauzar los conocimientos métricos tradicionales hacia una aplicación racional en el análisis práctico. En cierto sentido es también innovador, de modo particular en la tercera parte, dedicada al ritmo poético.

Las páginas introductorias «En busca del verso puro» y «El verso puro castellano» son aptas para sintonizar al lector con el núcleo de la cuestión, la esencia del verso en general y del castellano en particular. Sin embargo, decepcionan un tanto, por no hallar una solución más satisfactoria. Quizá se deba a la propia naturaleza y disparidad de los versos. En cuanto a la definición del verso «puro» castellano, parece haberse deslizado un error de mecanografía en las fórmulas distintas, dado que se repite dos veces la misma: $V + Int + P (+R)$. Es de suponer que falta en la segunda una sigla que indique la cesura.

No sobra la observación final acerca de la creciente atención que se presta en métrica y otras disciplinas a los problemas de la descodificación de un texto, es decir, a los factores interpretativos.

La primera parte del libro se ocupa del «Análisis del poema convencional» (páginas 29-70). El esquema que presenta el autor permite un análisis y después una percepción simultánea de los fenómenos métricos más relevantes de la versificación convencional (sílabas fonológicas, sinalefa y sinéresis, hiatos y diéresis, terminación versal, modificaciones silábicas subsiguientes, sílabas métricas, acentos, encabalgamientos, pausas y rima). Aquí hay que destacar el hecho de que el autor sostiene que, aparte de los encabalgamientos señalados por algunos especialistas, existen otras cohesiones, menos intensas, entre los versos, que se producen, por ejemplo, entre sujeto y predicado o entre el verbo y su complemento. Les da el nombre de enlaces, subrayando que no suprimen totalmente la pausa versal, sino

que la reducen al valor de una pausa intensa (págs. 47-50). La explicación de este esquema de análisis va seguida del análisis práctico de tres textos convencionales.

La segunda parte de *Ritmo y versificación* está dedicada al «Análisis del poema libre» (págs. 73-104). La escasez de estudios de esta modalidad métrica (hasta ahora disponemos exclusivamente del libro de F. López Estrada) hace casi imprescindible una indagación clarificadora en los fenómenos que rodean al poema libre. Para el análisis práctico el autor presenta un esquema parecido al de la primera parte, pero con algunos cambios debidos a la distinta naturaleza de estos versos. Así, falta por ejemplo, la columna dedicada a hiatos y diéresis, a terminación versal; sin embargo, aparecen otros que señalan la extensión y el tipo de verso.

La tercera parte trata del difícil tema del «Análisis del ritmo poético» (págs. 107-179). Después de unas observaciones generales y unas precisiones acerca del ritmo poético, Spang intenta dar una definición del ritmo en la poesía. Si ya resulta espinosa esa labor, la del análisis lo es aún más. Los que se hayan aproximado alguna vez a este problema, saben lo complejo que es. El autor presenta un estado de la cuestión reseñando tres estudios que intentaron presentar una definición del ritmo poético, como son los de T. Navarro Tomás, Rafael de Balbín y G. Tavani.

El método que propone Spang se basa en el análisis de cinco elementos «portadores de señales de ritmización» (pág. 136): las sílabas tónicas y átonas, pausas, rima, encabalgamientos y enlaces, y la entonación. Esta última es quizá el fenómeno más discutible, sobre todo porque el autor sigue utilizando las curvas de entonación propuestas por T. Navarro Tomás en su *Manual de entonación española*, que resulta, según el parecer de los especialistas, prefonológico. Sin embargo, queda por demostrar su inutilidad en el ámbito de la entonación poética. La combinación y a menudo la superposición de los elementos mencionados produce el ritmo poético, y a través de los signos que propone el autor para el esquema analítico, se alcanza, por así decir, su visualización. En un último capítulo el autor demuestra que, en principio, no hay discrepancias entre el ritmo del poema convencional y el del libre.

Al final del libro se añaden tres repertorios (de versos, estrofas y formas poéticas castellanas) que resultan de gran utilidad, lo mismo que el índice de términos métricos (págs. 205-216).

He aquí un libro que puede prestar importantes servicios a los estudiantes de literatura y estudiosos de la materia en general; podría incluso inaugurar una nueva visión del ritmo poético si llega a cuajar la concepción y el método propuesto para su análisis.

MANUEL CASADO VELARDE